



Kate Chopin

El Hijo De
Désirée



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL HIJO DE DÉsirÉE

KATE CHOPIN

**PUBLICADO: 1893
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Como el día era agradable, Madame Valmondé se dirigió a L'Abri para ver a Désirée y al bebé.

Le hacía gracia pensar en Désirée con un bebé. Pues parecía que había sido ayer cuando Désirée era poco más que un bebé, cuando el señor, al atravesar la puerta de Valmondé, la encontró dormida a la sombra de la gran columna de piedra.

La pequeña se despertó en sus brazos y comenzó a llorar por "Dada". Eso fue todo lo que pudo hacer o decir. Algunas personas pensaron que podría haber llegado hasta allí por su propia voluntad, ya que estaba en edad de caminar. La creencia predominante era que había sido dejada a propósito por una partida de tejanos, cuya carreta cubierta de lona, a última hora del día, había cruzado el transbordador que Coton Mais mantenía, justo debajo de la plantación. Con el tiempo, Madame Valmondé abandonó toda especulación, excepto la de que Désirée le había sido enviada por una providencia benéfica para ser la hija de su afecto, ya que no tenía hijos de carne. La niña se convirtió en una niña hermosa y amable, cariñosa y sincera, el ídolo de Valmondé.

No es de extrañar que, cuando un día se puso contra la columna de piedra a cuya sombra había dormido, dieciocho años antes, Armand Aubigny, que pasaba por allí y la vio, se enamorara de ella. Así se enamoraban todos los Aubigny, como si fueran alcanzados por un disparo de pistola. Lo sorprendente era que no la hubiera amado antes, pues la conocía desde que su padre lo trajo de París, siendo un niño de ocho años, después de que su madre muriera allí. La pasión que se despertó en él aquel día, cuando la vio en la puerta, se extendió como una avalancha, o como un fuego de pradera, o como cualquier cosa que se precipita sobre todos los obstáculos.

Monsieur Valmondé se volvió práctico y quiso que las cosas fueran bien consideradas: es decir, el oscuro origen de la muchacha. Armand la miró a los ojos y no le importó. Se acordó de que ella no tenía nombre. ¿Qué importaba un nombre cuando podía darle uno de los más antiguos y orgullosos de Luisiana? Pidió la cesta de flores a París y se contuvo con la paciencia que pudo hasta que llegó; entonces se casaron.

Madame Valmondé llevaba cuatro semanas sin ver a Désirée y al bebé. Cuando llegó a L'Abri se estremeció al verlo por primera vez, como siem-

pre hacía. Era un lugar de aspecto triste, que durante muchos años no había conocido la amable presencia de una señora, ya que el viejo señor Aubigny se había casado y enterrado a su esposa en Francia, y ella había amado demasiado su propia tierra como para abandonarla nunca. El tejado descendía empinado y negro como una capucha, llegando más allá de las amplias galerías que rodeaban la casa de estuco amarillo. Grandes y solemnes robles crecían cerca de ella, y sus gruesas ramas de gran alcance la ensombrecían como un manto. La dirección del joven Aubigny era también estricta, y bajo ella sus negros habían olvidado cómo ser alegres, como lo habían sido durante la vida fácil e indulgente del viejo amo.

La joven madre se recuperaba lentamente y estaba tumbada en un sofá, con sus suaves muselinas y encajes blancos. El bebé estaba a su lado, sobre su brazo, donde se había dormido, en su pecho. La enfermera rubia estaba sentada junto a la ventana, abanicándose.

Madame Valmondé inclinó su corpulenta figura sobre Désirée y la besó, sosteniéndola un instante con ternura entre sus brazos. Luego se volvió hacia la niña.

"¡Éste no es el bebé!", exclamó con tono de sorpresa. El francés era el idioma que se hablaba en Valmondé en aquellos días.

"Sabía que se asombraría", rió Désirée, "por la forma en que ha crecido. ¡El pequeño cochon de lait! Mira sus piernas, mamá, y sus manos y uñas, uñas de verdad. Zandrine tuvo que cortárselas esta mañana. ¿No es cierto, Zandrine?"

La mujer inclinó su cabeza con turbante majestuosamente: "Mais si, Madame".

"Y la forma en que llora", continuó Désirée, "es ensordecedora. Armand lo oyó el otro día hasta la cabaña de La Blanche".

Madame Valmondé no había quitado los ojos del niño. Lo levantó y se acercó con él a la ventana que estaba más iluminada. Observó al bebé con detenimiento y luego miró con la misma atención a Zandrine, cuyo rostro estaba girado para contemplar el campo.

"Sí, el niño ha crecido, ha cambiado", dijo Madame Valmondé, lentamente, mientras lo colocaba junto a su madre. "¿Qué dice Armand?"

El rostro de Désirée se tiñó de un brillo que era la felicidad misma.

"Oh, Armand es el padre más orgulloso de la parroquia, creo, sobre todo porque es un niño, para llevar su nombre; aunque él dice que no, --que también habría querido a una niña. Pero sé que no es cierto. Sé que lo dice para complacerme. Y mamá -añadió, atrayendo la cabeza de Madame Valmondé hacia ella y hablando en un susurro-, no ha castigado a ninguno de ellos, a ninguno, desde que nació el bebé. Incluso a Negrillon, que fingió haberse quemado la pierna para poder descansar del trabajo... sólo se rió y dijo que Negrillon era un gran bribón. Oh, mamá, estoy tan contenta; me asusta".

Lo que decía Désirée era cierto. El matrimonio, y más tarde el nacimiento de su hijo, habían suavizado mucho el carácter imperioso y exigente de Armand Aubigny. Esto era lo que hacía tan feliz a la gentil Désirée, que lo amaba desesperadamente. Cuando él fruncía el ceño, ella temblaba, pero lo amaba. Cuando él sonreía, ella no pedía mayor bendición a Dios. Pero el rostro oscuro y apuesto de Armand no se había desfigurado a menudo por el ceño fruncido desde el día en que se enamoró de ella.

Cuando el bebé tenía unos tres meses, Désirée se despertó un día con la convicción de que había algo en el aire que amenazaba su paz. Al principio era demasiado sutil para comprenderlo. Sólo había sido una sugerencia inquietante; un aire de misterio entre los negros; visitas inesperadas de vecinos lejanos que apenas podían explicar su llegada. Luego, un extraño y terrible cambio en los modales de su marido, que ella no se atrevió a pedirle que explicara. Cuando le hablaba, lo hacía con los ojos entornados, de los que parecía haberse apagado la antigua luz del amor. Se ausentaba de casa, y cuando estaba allí, evitaba su presencia y la de su hijo, sin excusa. Y el mismo espíritu de Satanás parecía haberse apoderado de él en su trato con los esclavos. Désirée se sentía tan miserable como para morir.

Estaba sentada en su habitación, una tarde calurosa, con su bata, pasando desganadamente por sus dedos los mechones de su largo y sedoso cabello castaño que colgaba sobre sus hombros. El bebé, medio desnudo, estaba dormido en su gran cama de caoba, que era como un suntuoso trono, con su medio dosel forrado de raso. Uno de los niños cuadrilleros de La Blanche - también medio desnudo- abanicaba a la niña lentamente con un abanico de plumas de pavo real. Los ojos de Désirée se habían fijado distraída y tristemente en el bebé, mientras se esforzaba por penetrar en la amenazante nie-

bla que sentía que se cerraba a su alrededor. Miraba de su hijo al niño que estaba a su lado, y viceversa; una y otra vez. "¡Ah!" Fue un grito que no pudo evitar y que no fue consciente de haber pronunciado. La sangre se le heló en las venas y una humedad pegajosa se acumuló en su rostro.

Intentó hablar con el niño cuadrúpedo, pero al principio no emitió ningún sonido. Cuando oyó su nombre, levantó la vista y su ama le señaló la puerta. Dejó a un lado el gran y suave abanico y se alejó obedientemente, sobre el pulido suelo, de puntillas.

Ella permaneció inmóvil, con la mirada clavada en su hijo, y su rostro era la imagen del miedo.

En ese momento, su marido entró en la habitación y, sin darse cuenta, se dirigió a una mesa y empezó a buscar entre unos papeles que la cubrían.

"Armand", le llamó ella, con una voz que debió apuñalarlo, si fuera humano. Pero él no se dio cuenta. "Armand", volvió a decir. Luego se levantó y se tambaleó hacia él. "Armand", jadeó una vez más, agarrando su brazo, "mira a nuestro hijo. ¿Qué significa? Dímelo".

Él, fría pero suavemente, le soltó los dedos del brazo y le apartó la mano. "¡Dime qué significa!", gritó ella con desesperación.

"Significa", respondió él con ligereza, "que el niño no es blanco; significa que tú no eres blanca".

Una rápida concepción de todo lo que esta acusación significaba para ella, la animó a negarla con un valor inusitado. "¡Es una mentira; no es verdad, soy blanca! Mira mi pelo, es castaño; y mis ojos son grises, Armand, sabes que son grises. Y mi piel es blanca", agarrando su muñeca. "Mira mi mano; más blanca que la tuya, Armand", se rió histéricamente.

"Tan blanca como la de La Blanche", respondió él cruelmente; y se marchó dejándola sola con su hijo.

Cuando pudo sostener una pluma en la mano, envió una carta desesperada a Madame Valmondé.

"Madre mía, me dicen que no soy blanca. Armand me ha dicho que no soy blanca. Por el amor de Dios, díles que no es cierto. Debes saber que no es cierto. Voy a morir. Debo morir. No puedo ser tan infeliz y vivir".

La respuesta que llegó fue breve:

"Mi propia Désirée: Vuelve a casa, a Valmondé; vuelve con tu madre que te ama. Ven con tu hijo".

Cuando la carta llegó a manos de Désirée, se dirigió con ella al estudio de su marido y la dejó abierta sobre el escritorio ante el que estaba sentado. Era como una imagen de piedra: silenciosa, blanca, inmóvil después de colocarla allí.

En silencio, recorrió con sus fríos ojos las palabras escritas.

No dijo nada. "¿Debo ir, Armand?", preguntó en tono agudo por el suspenso agónico.

"Sí, vete".

"¿Quieres que vaya?"

"Sí, quiero que vayas".

Pensó que Dios Todopoderoso le había tratado cruel e injustamente; y sintió, de alguna manera, que le pagaba con la misma moneda al apuñalar así el alma de su esposa. Además, ya no la amaba, por el daño inconsciente que había causado a su hogar y a su nombre.

Se apartó como alguien aturdido por un golpe, y caminó lentamente hacia la puerta, esperando que él la llamara de nuevo.

"Adiós, Armand", gimió.

Él no le respondió. Ese fue su último golpe al destino.

Désirée fue en busca de su hijo. Zandrine se paseaba con ella por la sombría galería. C cogió al pequeño de los brazos de la enfermera sin dar ninguna explicación, y bajando los escalones, se alejó, bajo las ramas de los robles vivos.

Era una tarde de octubre; el sol acababa de ponerse. En los campos inmóviles, los negros estaban recogiendo algodón.

Désirée no se había cambiado el fino vestido blanco ni las zapatillas que llevaba. Llevaba el pelo descubierto y los rayos del sol hacían brillar sus mallas marrones. No tomó el camino ancho y trillado que conducía a la lejana plantación de Valmondé. Caminó por un campo desierto, donde los ras-

trojos magullaron sus tiernos pies, tan delicadamente calzados, y desgarraron su fino vestido.

Desapareció entre los juncos y los sauces que crecían a lo largo de las orillas del profundo y lento pantano, y no volvió más.

Algunas semanas más tarde se produjo una curiosa escena en L'Abri. En el centro del patio trasero, suavemente barrido, había una gran hoguera. Armand Aubigny estaba sentado en el amplio vestíbulo que permitía ver el espectáculo; y fue él quien repartió a media docena de negros el combustible que mantenía la hoguera encendida.

Una elegante cuna de sauce, con todos sus delicados adornos, fue colocada sobre la pira, que ya había sido alimentada con la riqueza de una canastilla de valor incalculable. Luego hubo vestidos de seda, a los que se añadieron otros de terciopelo y raso; también encajes y bordados; bonetes y guantes, pues la bata había sido de rara calidad.

Lo último en llegar fue un pequeño fajo de cartas; inocentes garabatos que Désirée le había enviado durante los días de su desposorio. Quedaba el resto de una en el cajón del que la sacó. Pero no era de Désirée; era parte de una vieja carta de su madre a su padre. La leyó. Ella agradecía a Dios la bendición del amor de su marido:--

"Pero sobre todo", escribió ella, "noche y día, doy gracias al buen Dios por haber dispuesto nuestras vidas de tal manera que nuestro querido Armand nunca sabrá que su madre, que le adora, pertenece a la raza que está maldita con la marca de la esclavitud".

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**